

**CHINATOWN (3)**

## SUMARIO

	página
<i>Melancólica alteridad.....</i>	3
<i>La utopía.....</i>	19

## **MELANCÓLICA ALTERIDAD**

Esta puerta estaba abierta solo para ti. Ahora me voy yo y la cierro.

F. Kafka, *El castillo*

## I.-EL ARTE: LA VÍA COMUNICATIVA

Tal vez porque esta agujereada y titánica humanidad nuestra es superviviente ya de dos guerras mundiales hemos llegado a la era post-industrial de los **simulacros** hiperconectados. Por una parte, el mundo en ruinas. Por la otra, la deriva del gigantesco mundo de sentido. Y como si la tecnología asumiese la obligación conciliadora de aunar expresión y representación, invirtiendo toda su magia en el progreso social, alentando los sueños igualitarios *ad hoc*.

Y sin embargo, no. No hay tal deriva. No se trata de una ilusión, de una acción fingida que se realizase como *futurible* actuación ante un siniestro colectivo; una ficción que se efectuase con la apariencia de lo que expresa... Nuestro mundo ya es virtual. Aparente, fantasmal. Sucede que lo que Platón atribuía a la naturaleza falsaria de la escritura se ha desbordado: el mundo es fantasmal y siniestro *porque virtual*. *Digitalmente* virtual: el binarismo numérico es el lenguaje imperante. No hay duplicidad originaria: el simulacro actual sucede higiénicamente aislado de las guerras, de la espantosa sangre derramada.

*Excursus: Función performativa del arte:*

No nos quitamos de encima esa pesadilla: la guerra. Pero precisamente para evitar el horror y la memoria de las desgracias que las palabras transmiten, ahí está el silencio que a través de la obra de arte sortea la angustia que lo real provoca, desafiándolo con la representación del mal que puede ser por suerte compartida. En silencio, emociones, reflexiones, posiciones.

El dibujo, la novela, la película, el poema, el ensayo... la reflexión filosófico-antropológica acaban expresando lo que el testimonio "directo" elude por insoportable, justamente porque, ahora sí, la representación del mal es por fin comunicable, puede ser aleccionadora, justamente compartida. Incluso hemos cambiado nuestra percepción de los hechos: hemos dado un rodeo *hecho* de palabras. Los supervivientes pueden decir lo que callan, porque las palabras son actos. El arte, toda creación es la **vía comunicativa**.

La obra de arte transmuta la desgracia en belleza. Solo hay que dar un rápido repaso a la Historia del arte: desde las pirámides en Egipto, hasta las óperas que se hicieron con motivo del exterminio judío en el III Reich alemán, siempre comprobamos que las obras de arte sirvieron para expresar lo indecible.

## II.-LA CULTURA: LA REPETICIÓN AMBIVALENTE

Y bien: ¿acaso los simulacros no pretenden también que las almas heridas no se angustien más y más con la angustia del vacío, de la no-representación? Y hablen, hablen, hablen... o callen transmitiendo sentimentalmente ese vacío. Porque la cuestión es una y otra vez tener ganas de vivir. Ese apetito de vida que en la infancia y en la juventud están espontáneamente garantizadas. Pero no en la madurez ni en la vejez. Ni en la enfermedad.

La cultura da ganas de vivir, ganas de **repetir**. Decimos *tradicionalmente* se hace así, siempre se ha hecho así. Y repetimos.

No obstante, la Historia del arte nos muestra que la cultura es desde siempre ambivalente. Los bajo relieves asirios representan a jóvenes vencedores musculosos que tras la batalla, siguen cabalgando y degollando a los vencidos. ¿Cuántas imágenes hay en nuestra sagradísima tradición pictórica que no muestren a nuestro Señor crucificado para celebrar el sacrificio fundacional de la religión cristiana? Incluso el *Guernica* de Picasso -muy a pesar nuestro-, podría erigirse en epítome de este galimatías artístico-comunicativo infinitamente potenciado merced a la tecnología digital, pues las ganas de vivir son ahora cínicamente recordadas mediante la tecnología.

Sigamos la pista tan solo a una de las artísticas turbiedades que el simulacro digital potencia ilimitadamente: la actual moda de “compartir” a través de las redes sociales.

Es un “compartir” que no puede ser sino puro simulacro, hipocresía de fingir amistad y generosidad universales, cuando lo que eufóricamente se comparte es la ausencia y la simulación, pura miseria. Se escribe enfatizando el sentimiento de generosidad del emisor. Sentimiento falso, muy interesante: se se confiesa, se ofrece, se da un pedazo de intimidad, cuando lo que en verdad se hace es ostentar el democrático uso de la paupérrima técnica comunicativa-informativa, que es, nunca mejor dicho, “lo que hay”. Todo lo que queda de la expresión *entre seres humanos*.<sup>1</sup>

## III.-NEGACIÓN IDEAL

Mas, démosnos un filosófico paseo por la vital cuestión en jaque, la *intersubjetividad*.

En primer lugar, una puntualización semántica muy importante:

**SIMULAR/ DISIMULAR** no se usan conformando el par de antónimos, de contrarios enfrentados que los diccionarios nos presentan. Cuando se simula, las más de las veces se disimula. Pero a la inversa, la implicación semántica entre los dos términos presuntamente antagónicos es ya muy notoria: para disimular, hay que simular: hay que *guardar las apariencias*.

Ambas palabras comparten la raíz en el cultismo *similar* (análogo, semejante). Y si bien *simular*, como dicen los diccionarios, es *la acción que se realiza con la apariencia de lo que se expresa, pero sin serlo en realidad y se aplica sobre todo a acciones militares*; *disimular* se define como *no darse por aludido, guardar las apariencias*. Así que el término *apariencia* es común a ambas definiciones, no son tan antagónicas como se pretende.

¿Ha desaparecido lo real tal como no cesan de repetirnos algunos pensadores?

¿No será más bien, como tampoco cesa de demostrarlo el arte, que esta civilización que agoniza se complace en ocultarlo *porque* se ha especializado en ello?

Sea como fuere, la clave semántica parece estar en la palabra **simulacro**, cuyo significado tanto *simular* como *disimular* comparten. Puesto que el *simulacro* es esa *ficción, acción fingida, esa recreación* que se realiza -a veces, como *futurible* acción ante un siniestro colectivo.

En segundo lugar, la versión filosófica de tan importante puntualización semántica: *el lenguaje vive de la muerte*. De la muerte de lo real -ahora, en nuestra época, taxativamente.

**Simulación/disimulación** en la enseñanza de P. Klossowski restableciendo la validez de la escolástica medieval sobre este punto, es: “*el lenguaje lleva la vida a la muerte y se mantiene en ella.*”

Si la *representación* se puede definir sencillamente como imagen de la verdad; y la *imagen* es siempre ausencia de ser, presencia de la nada -“falta” que el lenguaje asume; esa relación de **similitud**, esa duplicidad originaria con la que se instala la palabra -justamente *simulando*-, ¿no es acaso la de un ser que *se disimula*?

El lenguaje saca de la presencia de la nada en los seres su fuerza significante. Él es esta vida que lleva a muerte y se mantiene en ella.<sup>2</sup>

Es el movimiento mismo hacia la muerte, la misma presencia en los seres de la nada, por tanto, lo que origina la significación. Y Klossowski llama **negación ideal** a esta operación de perfecta temporalización *esencia/presencia*: vida del ser a partir de su *mis à mort* por la palabra.

#### IV.-NATURALEZA TESTAMENTARIA DE LA ESCRITURA

MAURICE BLANCHOT: ensayista y periodista cultural, de cuya labor es común decir que asume a la vez un rol central y excéntrico en el pensamiento crítico del s. XX, y, consecuentemente, en la gran crisis nihilista del s. XXI. Fue el primero en asociar *escritura y diferencia*, siendo, como era un no-profesional en la época de los filósofos-profesores.

Se suele decir también que es casi imposible dar cuenta de su lección sin parafrasearlo. Sin embargo, la dificultad estriba en pretender dar cuenta de ella sin considerar seriamente la naturaleza testamentaria de la escritura.

La escritura es por naturaleza falaz, engañosa, artificiosa, a pesar de que según la leyenda de su origen es bella -Platón la exalta porque transmite la inocencia de la oralidad, asimilable a puro pensamiento, *pneuma*, etc. Es justamente por su artificiosa naturaleza por lo que el *lógos* puede desplegarse explicativo, declarativo, predicativo, y manifestarse como una sintaxis. Y es precisamente *leyenda* porque este “doble” está *escrito*. Y está escrita, porque la escritura asume la función de **pacto social**: es el contrato que legitima la escritura de los signos. Las letras del alfabeto, esquemas o arquetipos. Los **arquetipos** son pensamientos fundacionales suspendidos en la visión de lo inteligible: organización espacial de la inteligencia humana por el saber escrito, que se traduce en diversos *argumentos* (trama, consecuencia tema...), en *tipos* de lo impreso (los *clichés*), etc.

Con la alfabetización masiva se dará cuenta de esta naturaleza testamentaria de la escritura que supone el comienzo de un proceso de *mercantilización y privatización* de la palabra y por la palabra, proceso en el que la escritura es abiertamente solidaria del pensamiento técnico, ideológico, económico, de Occidente; de la capitalización, la información, la sedentarización y la jerarquización de los que escriben.

La naturaleza testamentaria de la escritura constituye lo real, **pro-grama** la inscripción socio-económica, cultural, imaginaria del sujeto del saber, e implica la ausencia de quien escribe, del individuo que sabe, que ve, que distingue, que recuerda. Tal es la constitución de lo real.

La palabra *objetivar* parece condensar, pues, toda la peligrosidad que le atribuimos a la escritura.

Se trataría de arrebatarle al exterior su fuerza constitutiva...

... de poner en jaque la misma palabra *objetivar*.

## V.- LA ESCRITURA ES LA TÉCNICA DE LA INVENCION

La crisis del sistema es ya total: crisis ambientales, migratorias, energéticas, informativas; crisis de descontrol en la bioingeniería, o en la supercomputación...

Y, sin embargo, no se puede ignorar un hecho fundamental: la escritura es la técnica de la invención. No solo ha inventado nuestra civilización alfabética y atestigua su caída, sino que verosímilmente inventará la civilización que suceda a ésta, en su versión digital. Aunque sea para *desafectadamente* constatar que la inmortalidad ya no existe. Nunca existió.

Escribir en ausencia de dioses, experiencia fundamental del origen: la negación ideal. **MAURICE BLANCHOT** se enfrentó a este tema de la oscuridad elemental y nómada. De que precisamente lo no verdadero sea la forma esencial de la autenticidad. De la presencia indeterminada que no puede acogerse a figura alguna. Y con un solo concepto: el **modo NEUTRO**.

Je pense, pourtant, je ne suis pas.

*El modo NEUTRO* de Blanchot: fin de la H<sup>a</sup>. Fin del sentido. Fin de la sincronía verbal: *impasse* del tiempo eternizado, distorsión de la Razón pura, de sus intuiciones y sus categorías. Solo el arte hace visible lo invisible: **Folie du jour**. Posiblemente, ese sea el motivo por el cual el arte ya no se anuncie por una proposición abstracta. La gigantesca deriva del sentido del mundo actual se pregona por la condición o incondición *virtual* de la humanidad

## VI.-AVERSIÓN BLANCHOTIANA AL NIHILISMO DE PROGRAMA

*(BIOGRAFÍA y BIBLIOGRAFÍA de Maurice Blanchot: creo que debo negarme a hacer la recopilación y síntesis de ambos asuntos, en franca connivencia con las intenciones del propio Maurice Blanchot que mantuvo tanto su vida privada como su vida pública en la más absoluta reserva. Creo que es posible transmitir el aliento de sus palabras, sin convertirlas, sin hacerlas pasar por oro -el lector interesado encontrará esa información en la página web de la Wikipedia, aquí a lado, con solo teclear unos segundos.)*

\*\*\*

En esta época nuestra de eterna y siniestra trivialidad sin héroes ni grandezas, podría decirse que la estrategia de M. Blanchot para soslayar la peligrosidad de la escritura y de su función objetivadora, consiste muy simplemente en *repetir* la lección de Heráclito: *palabra que no oculta ni muestra, sino que da señas*. Deshacerse del TODO, asumir el riesgo de un pensamiento no garantizado por la Unidad.

*L'appel de mort*, por ejemplo, es tanto la FIESTA (la interrupción del esfuerzo, la

**transgresión**), como su antítesis: la ANGUSTIA y el HORROR.  
La literatura va hacia su esencia que no es otra cosa que su desaparición.

Y REPETIR la lección de Heráclito, **transgrediendo**:

Realizar la posibilidad de negar, y trascender, al negarla, ser más que su posibilidad dada, ser más y distinto que el ser meramente viviente.<sup>3</sup>

Tal la ley de la humana existencia: por la *subjetividad* que nos caracteriza, no podemos sino trascender sin cesar nuestro ser natural-animal.

\*\*\*

Los textos de Blanchot se caracterizan por ser ensayos inconfundibles, originalísimos sin hacer ostentación alguna de ello: su **modo neutro** procura emplearse tan solo en un espacio irreductible utópico, prodigándose en figuras que se sitúan en los límites mismos de ese **espacio literario** que atraviesa sin delimitar.

Si la **diferencia** puede erigirse la figura mayor de este pensamiento que se llama a sí mismo pensamiento del **Afuera**, porque pretende desacreditar el discurso mismo de la unidad atravesando un *espacio-tiempo* catastrófico; las figuras del modo neutro, figuras de la noche, creadas por pasión y no mediante la mediación del concepto o la voluntad, exhortan a mantenerse en su enfrentamiento como lucha de contrarios. Ni el mismo Heráclito puede ser interpretado en un único sentido, es la zona de indiscernibilidad aludida lo que importa: la diferencia es la *ficción*, el *desplazamiento*, el *olvido*, la *discreción*, la *noche*, la *ausencia*, el *descentramiento*, la *muerte*, la *a-significancia*, la *muerte*, el *vacío*, la *noche*, la *ausencia*, la *escritura blanca*, el *deseo*, el *sueño*...  
... las más importantes: *anonimato*, *presencia/ausencia*, *escritura*.

### ANONIMATO

Escribir es ejercer un oficio sin beneficio, podríamos decir, contradiciendo el castizo refrán de célebre rima. No hay un “autor”. Se escribe, por supuesto, desde un “sujeto”, pero hacia la des-subjetivación. Por la negación dialéctica, solo se consigue que lo que se niega entre en el propio espíritu. Y sin embargo, la **exigencia de escribir**, va más allá, mantiene **vacío** el hueco. Es así como propone Blanchot negar el propio discurso. Se obtiene entonces la precaria afirmación de un yo agonizante. Y así es como Nietzsche, Klossowski, Bataille, Kafka, Beckett, Artaud, Valéry, Michaux... anteponen olvido a reflexión.

En ningún momento, pues, se trató de una negación generalizada sino de afirmar una memoria sin recuerdo, un olvido sin reflexión, afirmar ese **Afuera** que es el **espacio literario**.

**El llamado a saltar** es todo lo que queda de ese sujeto, irreductible y límite, no teatralizable, que se exige a sí mismo escribir de lo prohibido. La condición de posibilidad de la escritura es justamente la **noche**, la **angustia**. Porque contra lo que el escritor quiere atentar es el discurso unívoco del *lógos*: no hace conciencia, sino que hace signos. Signos que dicen que no hay nada más que la densidad de fuerzas, como esa caracola que alguien se acerca al oído que en su libro *Falsos pasos*: el vacío mar por toda respuesta. Melancólica alteridad. Como apunta E.Lévinas:

Frente a un humanismo fundado en la noción genérica de lo humano, un humanismo fundado en el humanismo de lo otro.<sup>4</sup>

Esto es, precisamente, a lo que M. Blanchot alude con la perífrasis **la folie du jour**: solo por la transgresión, quebrando el sistema de categorías del *lógos*, se hace arte. Pero la transgresión está condenada a la oscuridad y a la ruina. Crear un escape a las demandas conflictivas del doble constreñimiento, siempre será leído que se hace para/en un mundo ilusorio (*double bind*). Pues bien, quizás sea esto.

### PRESENCIA/AUSENCIA

Seguramente este par de figuras, utilizadas con la gran violencia que su antagonismo sugiere,

constituyen las figuras mayores de sus textos.

Se podría hacer con ellas, con sus usos y sus estrategias, una comparación simple mediante las bien conocidas coordenadas *espacio/tiempo* de cualquier texto: la *ausencia* es a la *presencia* lo que el *espacio* es al *tiempo*. Una tensión, una unión que no forma unidad.

Por así decirlo, hay dos caminos, mejor dicho, hay un único camino, el cabal, certero, excelente, esa compleja invención antropológica de los griegos, que asimila pensamiento y lenguaje. El propio Platón aconseja que siempre nos mantengamos en el lenguaje hablado, el lenguaje verdadero, garantía viviente. Consecuentemente, dice Blanchot, el ignorado “lenguaje” del origen nos habla en un lenguaje poético en el que es justamente la *ausencia* de Dios lo que habla. “Conocer” sin el apoyo del *lógos*, sin ayuda de la construcción racional, por simple inmersión en el mundo no-racional de las bestias, es el **silencio** blanchotiano. Un *silencio* que apunta a lo *Abierto*, a lo *Vacío*, a lo *Libre*. Esa es la posibilidad que “extravagantemente” abre la escritura, pues desvelando de nuevo vela. Si la poesía menciona con gran obsesión los ojos es, por ejemplo, porque quiere designar otra cosa diferente a lo visible.

*Espacio-tiempo* catastrófico, sí, este de la *ausencia/presencia*. Tal la crítica blanchotiana de la *imagen*: descrédito del discurso racional del *lógos*.

Mas, esa descrédito, esa traición a la construcción racional del *lógos* nos remite mediante la escritura también a una oscuridad más esencial, la del diálogo original, la de la tensión antagónica *ausencia/presencia*. Y con tanta violencia que solo puede expresarse ya por medio de paradojas. Pues si el TODO retorna hecho imagen, retorna como *simulacro*. Esa ha sido la estrategia del Arte desde siempre: el espacio utópico solo puede ser expresado por la *paradoja*, la escritura de la des-obra, espacio de la irreductible diferencia.

M. Foucault habla de ella magistralmente como “*prestigio de la interioridad y exigencia de la subjetividad*”<sup>5</sup>. Esta es la negación no dialéctica de M. Blanchot, por la que la presencia de la ley no es sino su constante disimulación mediante la escritura:

Todo sujeto no es más que un pliegue gramatical. (...)

El ser del lenguaje es la visible desaparición del que habla. (...)

Así que el antagonismo *ausencia/presencia* no es sino la recíproca y constante transparencia del origen y de la muerte:

*La muerte como lo que da acceso indefinidamente a la repetición del comienzo.* (...)

### ESCRITURA:

Esta noción de **escritura** pone especial énfasis en la muy íntima vinculación de la escritura y lo político, y se anuncia como **comunidad inconfesable** de la experiencia literaria. Quizás sea esta *comunidad de los que no tienen comunidad*, una alternativa a la indefectible lógica sacrificial del cristianismo. Si lo es, o si lo fue, porque todo esto lo concebía M. Blanchot desde una posición periférica a la Teoría literaria, y en el s. XX, se propone acaso una forma (comunista) de resistencia al totalitarismo: la luz cuya vida consiste en arder, melancólica alteridad.

Frente a un humanismo fundado en la noción genérica de lo humano, un humanismo fundado en *lo otro*: la filosofía o la amistad. Expiar el odio del ser humano por otro ser humano tiene un precio: la escritura se vuelve anónima, ¿pero acaso no es esta una sensata y más que sensata transacción?<sup>6</sup>

## VII.-MITOS: REPETICIÓN AFIRMATIVA

M. Blanchot se interesa por lo que llamamos zona de indiscernibilidad entre la búsqueda del origen

y el *lógos*. Ese no-centro de la no-unidad que solo la escritura fragmentaria *desconociéndolo* atraviesa. Eso es la *divergencia*, la *diferencia*. Esta es nuestra hipótesis de partida.

Se pueden distinguir entonces en sus textos TRES figuras emblemáticas, que se corresponden con TRES mitos de nuestra tradición literaria. También sus “figuras retórico-teóricas” se explican a través de estos TRES relatos primigenios:

### 1) *El canto de las sirenas:*

Invirtiendo el sentido de la conocida narración homérica (el canto las sirenas seduce a Ulises), la posibilidad de la obra no es sino su imposibilidad. La obra de escritura es siempre *desobra*. Escribir es una experiencia *nocturna*. La literatura solo pretende decepcionar. La búsqueda de la obra no es, ciertamente, sino una astucia para mostrar lo inhumano, lo innombrable, lo que no habla, lo que carece de verdad y de centro: la *Noche*.

Esa es la seducción de las sirenas: la búsqueda del origen sólo encuentra la definitiva NADA; en el origen madre, falta la música. Lo que persiste es el silencio.<sup>7</sup>

### 2) *El cazador Gracchus:*

El relato breve de Kafka con este título narra cómo un cazador que se mató al caer de un risco, no puede ya morir, no puede entrar en el mundo de los muertos; está condenado a vagar arriba y abajo, por todos los países de la tierra. Así, es la *soledad esencial* del último hombre, *no acabar nunca de acabar*. En la obra de Blanchot, como en la de Kafka, hay múltiples sombras vivientes, seres que no encuentran su sepultura. Ésa es la suerte del escritor.

### 3) *La mirada de Orfeo:*

Este mítico relato es fundamental para entender la visión blanchotiana de la literatura como experiencia anónima del pensamiento: opera como una síntesis de todos sus motivos e intenciones. Sí, como ya se ha afirmado, Blanchot acoge la lección de Heráclito: la naturaleza ama esconderse. Sí, Heráclito tiene razón. Y, sin embargo, un paso más allá: el rostro de Eurídice se desvanece porque Orfeo tiene prohibido mirarla cuando ésta le sigue. Hay que amar la oscuridad tal como es, nos dice Heráclito. Pero además, la fascinación que expresa este gesto de Orfeo tan inevitable como prohibido, nos remite más allá de la tradición literaria de forma desmedida, a la tradición *órfica*, al culto al dios Dionisos.

Se puede aludir brevemente a la doctrina órfica diciendo que pretendía ser *lo contrario* de la doctrina de la aristocracia gentilicia: los órficos pensaban que la permanencia del alma en el cuerpo no es sino una caída del alma en el mundo de la ultratumba o mundo de la infelicidad. Protestaban así de la esclavización del hombre por la palabra. El abandono del hombre del propio cuerpo equivale a la liberalización del hombre de su instrumento parlante (¿comunicativo...?). Es la posibilidad finalmente de que el alma pueda *callar*.

### “*Transgredir a Heráclito*”:

El comentario expresa una imagen central que se resiste a la nominación.

Esto es la NEGACIÓN AFIRMATIVA que Blanchot toma de Nietzsche, la réplica del superviviente a la barbarie del siglo.

Oscuridad del tú: espacio no definido ya por la retórica sino por la biblioteca. La oscuridad de Orfeo y Eurídice no puede ser entendida sino en términos dialogicos. Por eso este mito único podría sintetizar el pensamiento blanchotiano de la diferencia, de la conciencia sin sujeto, de esta mirada hacia atrás que es suspensión, locura, peligro mortal, transgresión... espacio-tiempo catastrófico:

\* La mirada de Orfeo es, en primer lugar, la creación del *espacio literario*, EL PODER DEL ARTE que inaugura una *distancia íntima* (Rilke): la mirada, el acto más solitario de todos, atrae disimulando. Crea una FORMA para dar cuenta de la velada esencia de Eurídice: Orfeo quiere ver a Eurídice cuando no puede...

... LA VIDA DEL ARTE ES UNA MUERTE

\* En segundo lugar es ésta una la experiencia desmesurada, esta mirada transgresora hacia el origen. Y tal como los griegos nos enseñaron, está prohibida. Así que no hay obra sino por la transgresión, transgresión que condena la obra a la oscuridad y a la ruina...

... LA OBRA ES DESOBRA.

\* *Noli me legere*, la conocida sentencia blanchotiana remite en tercer lugar a la ceguera profunda que ocupa el centro mismo del pensamiento: Orfeo es porque canta. Orfeo es solo en el cumplimiento de su destino: la exigencia impersonal de la obra.

Una cierta *inactualidad* en definitiva. Porque la inspiración supone siempre el eclipse de la razón, el regreso *nostálgico* al origen. Y hay en este gesto prohibido y transgredido una renovación del contenido trágico y sagrado: la **REPETICIÓN** esa potencia del pensamiento en el AFUERA que todavía no existe, que ha de venir.

*Olvido, traición, ausencia* sin fin de lo invisible... Esta celebración del deseo y de la impaciencia que se encuentra en el corazón mismo de la paciencia, quiebra el sistema de categorías: solo el sacrificio objetiva el inasible sentido trágico.

Se llama POIESIS a la creación de de un espacio (exterior), que desde la desprotección y el renunciamiento constituye su insignificante objeto otorgándole simplemente existencia: presentar el mundo, no representarlo. La *nada* (*silencio, espera, reserva, soledad, incomunicación, fatiga...*), simple materialidad de las palabras, esto es la literatura.

En definitiva, si hay de nuevo un retorno del al *lógos*, solo puede ser ya como *sentido*. (Gadamer: “*el ser que puede ser comprendido es lenguaje*”). El ser es habla: este es objetivismo dialógico que Blanchot propone enigmáticamente:

Pienso, luego no existo.

## VIII.- FICCIÓN: EL MÉTODO ALEGÓRICO Y EL PENSAMIENTO DEL ANONIMATO

La **latencia** o *ficción de la verdad*, ese *pasado por venir*, cuando adopta la forma novelesca en M. Blanchot, nos ofrece una original subversión del método cartesiano: *je pense, donc je ne suis pas*. Tal es el modo característico del pensamiento blanchotiano del anonimato.

### **RÉCIT**

Así llama el propio Blanchot a cada una de sus novelas porque urden gigantescas alegorías mediante *antifrasis*: revelan justamente lo contrario de lo que expresan. Su *récit*, nunca mejor dicho, tiene una existencia *letal*. Es tal su ley, *noli me legere*, que solo puede ser obedecida *cuando* de antemano se transgrede.

*El Idilio*, su primer relato (1.935), constituye un perfecto ejemplo de cómo opera esta gigantesca contradicción expresiva. ¿Puede llamarse “idílica” la relación tormentosa del corazón simple en la que, habiendo despertado de un amor pasado, marido y mujer perseveran en un odio recíproco, recreando con furor las huellas que en sus cuerpos reconocen la intimidad anterior? A destiempo y fuera del tiempo, este relato bien puede ser un relato profético que con antelación evoca el terrible e irrisorio “trabajo” de los campos de concentración: Auschwitz y el Gulag, ruina del trabajo y de los trabajadores, “corrección” paralela a la barbarie.

El relato, lo imaginario, lo más simple prevé el riesgo siempre repetido de lo real: ¿cómo es posible un mundo que admita los acontecimientos más nefastos sobre un fondo humanista? **Olvido** y **repetición**, las dos de las las figuras conceptuales cruciales en las narraciones de Blanchot. Si el relato es *profético*, lo es tan solo de su propio movimiento *ucrónico* -fuera del tiempo, a destiempo.

Blanchot hace un uso explícito de la ficción como modo de investigación del propio pensamiento: sus ficciones significan tanto como la gradual puesta a punto de su discurso filosófico. El sucederse, el simple deslizamiento verbal constituye un *espacio exterior* a su persona, opuesto a la identificación y construcción monumental del *autor* por la crítica al uso. Así sus narraciones: *comentarios* en un lenguaje de sueño que se expresa como reverso y negación de las convencionales exploraciones del el imaginario.

La **muerte** es la metáfora de todo este movimiento, el tiempo literario del ser, puesto que nos permite acceder tras la más profunda oscuridad, a una luz imperecedera: *el tiempo* (literario) sin *tiempo* del ser.

La *máquina de hacer el vacío* es el artefacto que con mayor exactitud ilustra este *espacio-tiempo vacuólico* inaugurado por la ficción blanchotiana. Nos encontramos acaso ante la más definitiva novela de la conciencia cartesiana: *je pense, donc je ne suis pas* -casi frase *leit motiv* en su novela *Thomas el oscuro*. Dualismo inseparable del *sujeto/objeto* en un *espacio-tiempo* que no es ya ni subjetivo o personal, ni objetivo o supra-personal, a través de la destrucción hiperbólica del ser aparente. *Lo que hay*, esa totalidad indeterminada es la primera y última verdad de la que el espíritu puede dar *razón de existencia*.

### MUERTE

**Muerte** por la que existe el lenguaje (*negación ideal*); lenguaje que a su vez mantiene la vida. *Muerte* que elude los problemas tradicionales de lo uno y lo múltiple, porque hay una sola presencia, la del *lenguaje*. Es el lenguaje quien pone en jaque al sujeto consciente. En su lugar, un emplazamiento vacío, una función derivada: la tercera persona. En los relatos blanchotianos, la *voz narrativa* lleva a cabo una interrogación esencial: una *topología* de la consonancia impersonal del lenguaje y de su *repetición*.

Es por eso que el método blanchotiano propone un *modo neutro*: pensamiento de la ficción y ficción como pensamiento. Y esencialmente se interroga: ¿cómo expresar con una sola *forma* los silencios, las interrupciones de esta *voz narrativa*, a la vez singular y plural? Esa *forma* es la *exterioridad* que Blanchot llama **Afuera**. El **Afuera** es esa forma de pensamiento que simultáneamente dispersa, disemina y reproduce la *voz narrativa*.

### LA IMAGEN

Como plenitud inminente del pensamiento, el relato *-máquina de hacer el vacío-*, adopta *interrogativamente* una **imagen**. La búsqueda de esa imagen asume toda responsabilidad en el método blanchotiano de investigación.

La imagen es *palabra-argumento* y *espacio descentrado*. Y el relato se propone como movimiento mismo de vadear ese centro, de guardarlo intacto, de mantenerlo a través de nombres que solo *pro-visalmente* detienen, aproxima o centran el sentido del ser. De ahí que toda la finalidad del relato se resuma en la repetida aparición y desaparición de esa única imagen; y que sea ésta, la irrupción misma de la imagen, en sentido literal, toda la inteligibilidad posible. La exploración de orden psicológico es del todo ajena al relato blanchotiano.

La imagen es *móvil*, desfiguración de todo modelo, disimulación de todo sentido. Transporte y causa del movimiento, hace del conocimiento **el paso más allá**. De lo conocido a lo desconocido, el rodeo que despliega, tal como lo llama el mismo Blanchot, la **mímica numeral**: el relato se desplaza siempre hacia una mancha ciega. El tiempo *otro* y neutro del pasaje del canto real al canto imaginario, ya que el relato no es sino una navegación bajo la fascinación del canto de las sirenas. Pero ese punto oscuro, esa luz errante y precisa como un *sol negro* (Bataille), es tanto como una **latencia**, la figura retórica matricial que poco a poco alumbra la *ficción de la VERDAD*.

Como en un movimiento de desbordamiento, no hay en ello medida, la secreta pasión líquida del relato nunca es plenitud, sino inversamente, **vacío**, un exceso constante por el que la plenitud es

todavía vacío. No es el tiempo de la duración personal (“la interioridad”), es un tiempo que obra en un *día falso*, el de un afuera eterno. Es el tiempo en el que se realizan las diferentes transformaciones temporales: *tiempo de las metamorfosis*, porque el devenir no es sino eso, metamorfosis.

Lo más propio de la imagen es el acto de visión complejo que opera, sustrayéndose a la presencia de la cosa y ocultándose a la inmediatez del presente temporal. La imagen viste y vela lo que da a ver, para mejor distinguir la inteligibilidad de lo desconocido, la inteligibilidad de lo desnudo. De ahí que sea la transparencia su más pura, su única, cualidad óptica: demasiado inteligible para necesitar ser explicada, demasiado opaca para ser atravesada por la interpretación. No hay reflexión posible sobre la imagen, salvo su manifestación como *índice de flexibilidad*: la imagen es el sujeto múltiple y el operador innumerable de la **desobra**. Solo se entrega cuando eclipsa, cuando termina.

Consecuentemente, lo que llamamos aparición de la imagen, la presentación de su ser más esencial, es esta desaparición que realiza *aparentemente*: su obra es el ser que se disimula (pluralidad en potencia). Reabsorción del mundo aparente y del mundo verdadero por la fábula.

La imagen es incluso solo un nombre: lo que un nombre figura, lo que estructura el vacío en tanto que vacío. Los mismos equívocos de la palabra *deseo* encuentran su verdad en este intervalo sensible de la separación y de la atracción de la imagen. Así toda la fantasmagoría burocrática de Kafka, cadena de obstáculos, siendo todo obstáculo un intermediario benigno y maligno del inalcanzable punto último. Así en la pasión amorosa, *espera, olvido, falta y cumplimiento*, hacen de la palabra amorosa, como de toda palabra de vida, una forma utópica y ucrónica de habitar la verdad.

Y así también en dos narradores confesionales, como Dostoievski y Melville: la fuerza ebria de hablar, habla y habla sin esperanza de unidad. Es una palabra originariamente dividida la que habla ante el espejo. Habla a causa de la *diferencia* de sí mismo, esa *diferencia* que, paradójicamente, le hace ser sí mismo: la imagen está enterrada viva. Tan simple y tan espantoso como eso: la imagen está enterrada viva. Tal es la verdad de la ficción y de su generación: *la verdad se ignora para ser verdadera*.

### EL MÉTODO ALEGÓRICO DE PENSAMIENTO

Todo comentario de lectura no puede sino arruinar la experiencia si se empecina en la búsqueda de un sentido clave -aquél tras el cual el relato pliegue sus armas y apacigue el despliegue de los múltiples sentidos que la imagen propone. Esa actitud crítica no consigue sino aumentar la negligencia de su mostración. Porque la verdad última de la imagen, o la imagen verdadera, es justamente esa *ambigüedad*: ni se disipa verdaderamente, ni se desvela. Cifrar la continua metamorfosis... ¿cómo se alegoriza eso? Quizás sea M. Foucault entre todos los discípulos de M Blanchot quien nos ofrezca la mejor fórmula de la descripción o de la definición de esta elusiva imagen en el relato blanchotiano: *la imagen extraña la verdad y no la entraña*.

La imagen está enterrada viva. Figura la vida de la muerte: por eso habla y habla de la nada, y presenta la interrogación de la supervivencia. Lo que perece y se renueva es la *pregunta profunda*, porque el relato mismo es la ausencia. Solo la presencia de la nada que es el lenguaje puede representar a la imagen: un vaso de agua que se pasa con solicitud de mano en mano. Representación infinita de la ausencia de *ser* por toda verdad. Todo intento de darle caza, será una muerte prematura, transportará la imagen a su recomienzo, a su metamorfosis. Todo concepto no puede sino devolver de nuevo la imagen a la oscuridad al pretender cubrirla con una oscuridad más intensa: *la verdad se ignora para ser verdadera*.

La verdad es un afuera ignoto, trayendo constantemente el ser a lo que todavía no es.

Bataille y Klossowski, como Blanchot, llaman **simulacro** a esta gran y excéntrica *imagen*, ruina que llama a otras ruinas -y que no es del orden de los signos. Los simulacros, como las imágenes no solicitan la determinación del sentido. No son interpretaciones, virtualidades de ser. La imagen es *duplicidad original*. Aquello que mimetiza lo incomunicable de la experiencia, solicitando, no la

comprensión, sino el reverso del saber, la complicidad acaso. El idilio no cesa de interrogarnos por su *presencia alucinatoria*. Y es que, tal vez, el método alegórico disipa el espejismo que llamamos *presencia* con la propuesta mayor de la visión de un tiempo *otro* <sup>8</sup>.

## NOTAS

1. Nos referimos de manera solo tangencial al utopismo tecnológico que nos invade, que caracteriza *estructuralmente* a nuestra civilización, y que no puede ser calificado fácilmente como de “utilitarismo” -aunque los hombres siempre han utilizado a *otros hombres* como títeres, se nos dirá. Desde algunas décadas se ha sistematizado el uso de una tecnología *narcisista*. Chistopher Lasch hace una adaptación excelente de la conocida definición freudiana de *narcisismo*: Chistopher Lasch, *La cultura del narcisismo*, Madrid: Capitán Swing, 2023. ). Tecnología que nos adula y nos hace pagar un precio muy alto al no distinguir entre nosotros mismos, individuos cargados de limitaciones, y nuestro perfecto y *humano* entorno.

Sinteticemos la aportación del filósofo de la ciencia y ecologista, Jordi Pigem (*Técnica y totalitarismo*, Barcelona: Fragmenta Editorial, 2023), para vadear el gran problema de esta civilización que a la vez que agoniza nos complace con “soluciones óptimas”:

1.-Evoluciona (y a gran velocidad) solo aquello que es cuantificable, gestionable, medible... todo lo que es *objetivable* por la ciencia empírica.

2.- El modelo de progreso del transhumanismo es la máquina. Se diría que la democracia ha devenido *tecnocracia*.

3.- Este nuevo nihilismo tecnocrático tiene un único propósito: reducir todo lo vivo a programa. La *automatización*, no es sino la manera de delegar nuestra responsabilidad en la máquina. La automatización podría ser emblema de esta *distorsión cognitiva* que se ceba en una concepción ilustrada de la ciencia -s. XVIII: *en el mundo hay cosas*.

Sin embargo, para la ciencia de vanguardia, la ciencia cuántica, el mundo está hecho de relaciones.

4.- **Libertad** y **dignidad** (E. Fromm), su crecimiento en las personas, son los valores esgrimidos por J. Pigem como valores capaces de hacer frente a la aniquilación tecnológica de lo real: “*Cuando el cálculo es la esencia de la mente, y el control y la competición, la esencia de la vida (...)*”, pág. 116.

2. Pierre Klossowski, *Tan funesto deseo*, Madrid: Taurus, 1988, pág.121.

Mas siempre estuvo abierta la vía que enuncia ya la escolástica medieval. Siempre fue considerado el lenguaje por su enorme potencia virtual, su capacidad de **representación**: J.-L. Pardo nos ofrece una lectura *estructuralista* de M. Blanchot (“Más allá de lo visible y lo invisible”, *ANTHROPOS, huellas del conocimiento*: “Maurice Blanchot: la escritura del silencio”, Barcelona: Anthropos ed., n.º 192-193, diciembre 2001, pág. 47 y ss. )

J.-L. Pardo califica de “*prejuicio fundamental del pensamiento occidental*” a este gran problema del que nos hemos apartado pronto, dando aún por válida la conocida dicotomía de la escolástica medieval, lo *visible/inteligible*

Por una parte, lo *visible* -lo *sensible*, habría que decir en nuestra cuántica era.

Por la otra, su *representación*, su *imagen*, el lenguaje oral y escrito, la logocéntrica *verdad*.

Así que, evidentemente, a la vez le es muy útil y muy sospechoso. El simulacro le plantea a la

metafísica occidental un grave e insoluble problema: la falsedad. Pues la verdad (por constatación o por verificación) siempre pertenece al orden sensible: ni la escritura ni el habla transmiten certeza alguna.

Solo el **silencio** hace corresponder ambos órdenes. Solo el silencio los reconcilia. No en vano, los hablantes ven en la verdad teórica... el abismo.

Aquí es justamente donde adquiere sentido un especial la sugerencia de M. Blanchot: el lenguaje, no solo confirma, sino que también atestigua esa imposibilidad de la correspondencia de los órdenes: es la distancia misma. Si la escritura se desvía de la escena visual, si nunca el lenguaje *presenta plenamente la verdad*; y al mismo tiempo, no es posible el error teórico, con ese maldito, diabólico, *insensato juego de escribir* (Bataille)...

... ¿por qué no aproximarnos a la verdad a través de esa misma desviación originaria, de esa misma traición que la escritura muestra con su muy desvergonzado **errar**?

Consecuencias inmediatas de la propuesta blanchotiana:

1.- El signo saussureano ostenta esa naturaleza virtual que la *producción literaria* precisa y que los usuarios actualizan de diferentes modos.

2.-Desaparición del primado de la teoría sobre la práctica: la escritura es siempre *producción*. Y *producción*, añade Blanchot, más allá de todas las pretensiones prescriptivas que se le quieran atribuir (clases, géneros...). Tanto como desvela, la escritura *vuelve a velar*. La escritura es por ella misma, pura positividad. Su autonomía mediante los hechos de escritura no hace sino apuntar a la *latencia* de las cosas que innumerables escritores ejercen a través de la simple práctica del oficio.

3. A. KOJÈVE , citado en *ANTHROPOS...*, Ibídem, p ág. 171.

La sencilla lección de de Kojève merece ser prolongada: hagamos un breve repaso a lo que ahora implica la noción de *negativität*:

#### **A contracorriente**

Dada la alarmante evolución de los conflictos de proximidad que se transforman en guerras civiles, hay que considerar muy seriamente la propuesta blanchotiana. Blanchot nos invita a ser conscientes del mal y del dolor, cultivando discretamente un *indecible*.

El espacio literario es el espacio del fuego. En otras palabras: lo que una civilización reduce al fuego, lo que reduce a la destrucción, al vacío y a las cenizas , aquello con lo que no puede sobrevivir es el ESPACIO LITERARIO.

(M. Foucault, "Relato de la memoria sin recuerdo. Selección de textos sobre M. Blanchot", en *Archipiélago, cuadernos de crítica de la cultura*: Pongamos que se habla de Blanchot, n.º 49, Barcelona: Ed. Archipiélago., diciembre 2001, pág.47)

De ahí la doble utilidad de la palabra **simulacro**, tal como hemos pretendido poner de relieve en este ensayo: 1. "Representa" el presente; y 2. Dice veladamente lo *indecible*. Ese *indecible* que conforma la subjetividad que nos caracteriza, lo que sin cesar trasciende en nosotros nuestro ser natural-animal.

Mas si escribir es siempre un interminable descenso a los infiernos, ¿qué sentido tiene ser la vanguardia de ese constante avanzar y avanzar por el desierto?

En primer lugar, habría y que remitirse a la densa complejidad que la **intersubjetividad** impone (*La curvatura del espacio expresa la relación entre seres humanos*, dice Lévinas). No obstante, es de nuevo Blanchot quien nos señala la salida de túnel:

La literatura y el arte es un discurso sin ley (pero no sin reglas.)

(M. Blanchot, , "Lo extraño y lo extranjero", en *Archipiélago*, Ibídem, pág. 80)

¿Cómo cultivar *lo indecible*? ¿Cómo decir veladamente lo **indecible**?

La propuesta de M. Blanchot no puede ser más sencilla: mediante el *olvido* y no por la *reflexión*, desviándose de la norma comunicativa ("*rompiendo el régimen de transitividad*", dice Foucault).

Sin embargo, esto es más fácil de entender y sentir que de explicar. Como es factible entender intuitivamente lo que va a contracorriente:

La cifra de significación. ¿Es posible inscribir lo imposible...? En esta época sin inocencia en la que la cultura ha sido denunciada como la coartada de la barbarie?

(J-L. Nancy, "Compañía de Blanchot", en *Archipiélago*, Ibídem, pág. 127)

Busquemos esa *cifra de significación*, pues:

¿Y, cómo?

En primer lugar, anulando la autoridad del autor, *priorizando la experiencia*. Desviarse de la norma comunicativa significa arriesgarse a que lo que se dice, se diga indirectamente, con riesgo de romperse y romperlo, desviándose de la Ley -mas *reglamentariamente*:

1- Por un lado, el filósofo prolonga *afirmativamente* lo interminable del discurso. Por la otra -¡y tal vez al mismo tiempo!- abunda en un discurso *latente*, un *ex-cursus* subversivo, *discurso* transgresor y descalificable. Discurso de suspensión:

De eso con lo que no tenemos relación hay habla

(M. Blanchot, "El discurso filosófico", en *Archipiélago*, Ibídem., pág. 88)

Es justamente en el lenguaje donde se produce esa coincidencia entre el *decir* y el *eco* de sí mismo: la potencia subversiva siempre escapará al habla recta -precisamente por eso decimos que es *potencialmente* "subversiva".

2.- ... además: haciendo una **imagen** de ese habla moribunda, escurridiza, huidiza, astuta, quizás podamos hacer un *modo póstumo* y constatar: *ello sigue su curso...*

Esa es precisamente la tarea del arte, el modo *neutro* de la imagen artística:

La poesía es pura afirmación que precede al sentido.

(M. Blanchot, *La bestia de Lascaux. El último en hablar*, Madrid: Tecnos, 1999, pág.70).

Blanchot llama *literatura* a esta afirmación que avanza sustrayéndose. Y *modo neutro* a la experiencia de fracasar cuando quiere constituirse

Cuando un escritor se calla, aprendamos con su silencio a desapropiarnos de nosotros mismos y a compartir con él su mutismo inhumano.

(M. Blanchot, Ibídem, pág. 77)

3.- ¿Y qué finalidad se persigue con todo este *vértigo verbal*?

M. Blanchot llama *modo neutro* a todo este gesto o movimiento por el queda demolida la autoridad del autor. Responder con la escritura *negativa* a la *negatividad* del mundo. Afirmación de la nada: tal es el sentido que M. Blanchot da al concepto de *negativität* de Kojève -¿qué artista no *crea* precisamente para desaparecer con toda justicia tras la imagen creada...? "*La experiencia es la única autoridad*", dice Bataille.

\*\*\*

En resumen: lo que parecen ser dos versiones de los textos de M. Blanchot (notas 2ª y 3ª de este mismo apartado), no son sino UNA SOLA, la misma... que ya no es la *misma*, ha devenido *otra* en el curso de tiempo. *En el cambio de siglo*, habría que decir.

La versión "actualizada" de M. Blanchot, la versión que va más allá de su versión estructuralista tal como lo describe J-L. Pardo (nota 2ª), ya no pone su énfasis en la *a-referencialidad* de la literatura; en la aparentemente inagotable potencia productiva del lenguaje que puede incluso, *subvertirse* a sí mismo. Sino precisamente en la elocuencia y significación de ese silencio que media siempre entre "lo real" y su representación. Silencio que posiblemente revelara en el s.XX,

“el prejuicio fundamental del pensamiento occidental”, conocido también como “modelo óptico”, pero que avanzando ya por el siglo XXI, revela más bien que la *época de la Representación* se terminó. Y, sin embargo, ahí están, siguen siendo útiles los textos de M. Blanchot. Siguen siendo útiles, tal vez porque sencillamente son luces que agotan su vida ardiendo.

¿Cómo llamar, cómo nombrar esta versión de los textos de M. Blanchot en pleno y catastrófico s. XXI?

B.-Ch. Han propone llamar a este pensamiento del límite, ***pasión de la negación*** – *Buen entretenimiento*, Barcelona: Herder, 2018. Ya que, y no por casualidad, lo político es siempre lo elidido. ¿Qué pudo escribir un hombre, M. Blanchot, que escapó vivo de un pelotón de fusilamiento nazi, sino la manera de “invisibilizarse”, de darse a la fuga silenciosamente? Así subraya B-Ch. Han, cómo el pensamiento se pasó a la literatura. Y más allá de Heidegger, quien fue el primero en constatarlo (*¿Qué es pensar?*, Madrid: Trotta, 2005), cómo “*la estructura panóptica de la red digital*” (*La salvación de lo bello* – Barcelona: Herder, 1919, pág.71; *En el enjambre*, Barcelona: Herder, 2020, pág. 81; cómo la *mediatización* han acabado con la *poetización* del mundo. Y, los términos blanchotianos *noche, angustia, abismo, vacío...* así como su conocida dicotomía *Afuera/interioridad* son ahora imprescindibles para seguir estudiando en qué sentido el sintagma “*cielo estrellado*” pertenece inequívocamente a la expresión del pensamiento occidental. Simplemente cuando afirmamos que los supuestos medios de comunicación refuerzan el olvido, no nos referimos con ello a la metáfora blanchotiana *olvido*, ni sobre el papel, ni en la pantalla. ¿Cómo lo hacemos? -*Hiperculturidad*, Barcelona, Herder, 2020, pág. 89; *Caras de la muerte*, Barcelona: Herder, 2020, pág. 69 y 97 ; *El corazón de Heidegger*, Barcelona: Herder, 2021, pág. 208 y ss.; *La expulsión de lo distinto*, Barcelona: Herder, 2021, pág. 73. *La sociedad de cansancio*, Barcelona: Herder, 2021, pág. 97; *Psicopolítica*, Barcelona: Herder, 2021, pág. 99.

4. E. Lévinas, *Sur Maurice Blanchot*, Paris: Fata Morgana, 1975, pág. 21 -traducción nuestra.

5. M. Foucault, *El pensamiento del afuera*, Valencia: Pre-textos, 1988, pág.15.

6. Sobre la íntima vinculación entre lo político y la experiencia de la escritura, vinculación algo sombríamente expresada en los textos de Blanchot como la *comunidad inconfesable* y *comunidad de los que no tienen comunidad*, ver el artículo de P. Peñalver: “De algunos fallos en la exigencia comunista de M. B.”, en *ANTHROPOS*, *op. cit.*, pág.113.

Aunque alguna de las formas de comunismo y de resistencia a los fascismos del s. XX fuesen así, ninguna de las actuales suponen ya, ciertamente, la forma de resistencia al totalitarismo tecnológico del s. XXI al que nos referimos. Tal vez, M. Blanchot se refería con la palabra *comunidad* a un cierto “*exilio interior*”. Entonces esa excéntrica expresión blanchotiana de la *comunidad* se encarnaría en cada escritor como *literatura*, y, por supuesto, de manera diferente en cada sujeto -*que se sabe múltiple*.

7. R. LAPORTE, “Leer a Maurice Blanchot”, *ARCHIPIÉLAGO*, *op. cit.*, diciembre 2001, pág.15.
  
8. A. POCA, “Latencia o ficción de verdad: el pensamiento del anonimato en M. Blanchot”, en *DAIMON, Revista de Filosofía*, n.º 5, Murcia: Ed. Universidad de Murcia, 1992, pág. 75.

## **LA UTOPIÍA**

· Me tropiezo con una vieja (aún) desconocida en el pasillo. Me dice: *¿Qué buscas...? Solo hay que dar pasos y más pasos...*

· Me cambio de camiseta al segundo día: una de tirantes negra por otra también de tirantes, azul. Me tropiezo por el pasillo con la misma ancianita desconocida que exclama: *¡Qué guapa! Pero los pretendientes vienen por la tarde, ahora solo hay payeses...*

· Nos escapamos diez minutos de la Residencia: la enfermera empuja mi silla con juvenil ímpetu, bajo el terrible sol de las 12 h. Mediodía del 8 de julio, 41°. Es una brevísima excursión al pueblo del que forma parte esta Residencia. Empuja la silla *la responsable sanitaria del centro* quien confiesa estar *harta de la cantidad de problemas que surgen los fines de semana*.

Todo me parece lujuriosamente verde. Las casas antiguas de piedra de basalto sobreviven a través de los siglos... es un cuadro medieval idílico, o bien yo estoy en un estado de ingenua fascinación que este calor terrible pero al “aire libre” me hace contemplar como una benéfica alucinación. Hemos dejado atrás por unos instantes la terrible institución geriátrica. Hemos olvidado ya a aquella viejecita de 90 años que lloraba en la entrada *porque sus padres no han ido a verla*. Y a esa otra, radiante, que gritaba eufóricamente porque se veía rodeada por sus hijos y sus nietos, adolescentes con caras de apuro, hastío y aburrimiento.

X., la enfermera, empuja mi silla con una entrega insólitamente generosa. Sin embargo, deduzco que será la primera y última vez que lo hace porque, *tengo derecho a una salida relámpago de la Residencia a la semana*. Medio embobada y agradecida le digo que no sufra por mí porque *yo escribo*. Por lo menos le oculto la gravedad de la sentencia kafkiana que me ronda por la cabeza: *Infeliz no soy yo si escribo*. Me ha salido bien la espontánea omisión, porque contesta diciéndome que soy una “persona-luz”. Debe ser, pienso yo, la forma que tienen aquí en Girona de decir que eres *positivo*. *¿No te lo habían dicho nunca...? Hay personas-luz y muchas, muchas más aún*

*personas oscuras (...)*

X. terminó el paseo metiéndose en una especie de cobertizo que veo desde el jardín de la Residencia, con una pequeña vitrina llena de libros, que hace las veces de biblioteca de autoservicio. El cobertizo es además un punto de encuentro del río y de unos cuantos canales de riego de dirección desconocida.

· *¿Dónde va ésta?*, escucho que alguien dice siempre a mi paso. Porque soy “joven” (entre 25 y 40 años menos que los residentes habituales), y “rápida”.

· Intercambio un saludo con la directora del centro: *¡Siempre estás corriendo!* Confirmado, pues, mi razonamiento ingenuo y asombrado.

· Una vez por semana, se organiza una excursión mínima tal como me anunció X., la enfermera. Un grupito de “autónomos” vamos al pueblo. Es agosto, y está todo absolutamente paralizado. Pero salimos de la Residencia, ignoramos unos minutos lo siniestro. Cosa bastante fácil de lograr porque el paisaje es idílico y todas las tiendas todas, todas están cerradas. Es un paseo tan excéntrico como banal, que a mí me conmueve por el hecho más banal todavía de formar parte y pasar sentada, sin peligro alguno, ante un escenario onírico.

Una y otra vez me fascina la disponibilidad absoluta, divertida, jovial, del personal asistente, especialmente exuberante en estas breves escapadas. Como si me estuviera dando una diabólica lección: *¡Estoy trabajando, por eso me muevo a pleno pulmón. Cuando finalice mi jornada laboral, olvidaré ipso facto todo el afecto que estoy demostrando tener por ti... Pues es imposible que los adultos actúen con tal grado de despreocupación en la vida, una vez superada la infancia...!*

Trabajar es voluntaria servidumbre, como decía La Boétie. Mas cuando se trabaja vocacionalmente, la desafección se expresa asimismo vocacionalmente.

· Personaje n.º 1: *¿De qué hablamos, Colometa?*

Personaje n.º 2: *Hablemos de ti, Pere.*

La complejidad de mundo se ha reducido absolutamente. No existe lo político. Y lo social es lo que se ve: este grotesco juego de niños ancianos. El aparato de televisión está encendido constantemente. Nadie lo mira. El mundo aparece constantemente catastrófico. ¿Y qué...?

*(Por cierto, ¿es esto...? ¿en esto consiste la célebre “transición sostenible y verde” de nuestra civilización capitalista: **La longevidad es una pesadilla de aire acondicionado...** Si no eres animal laborans, eres animal residans. Una de dos...*

*¿Los seres humanos vamos a ser completamente ajenos e indiferentes a la mutante realidad exterior...? O sea, seremos nosotros los que nos adaptaremos a la “desertificación” ... ¡claro, claro! (...) Mediante la “gentrificación” y otros mecanismos económicos eufemísticamente parecidos (...)*

(Me apunto mi siniestra visión, expresada y encriptada en la inequívoca fórmula breve del

aforismo.)

· Una asistenta ante una viejecita en silla de ruedas, aparentemente catatónica: *¿Qué significa tu boca abierta? ¿Estás viva?*

· Otra viejecita sale lentamente con su caminador del lavabo público y le pregunta a la primera asistente que ve: *¿Está bien puesto el paquete, niña?* Y la asistente le responde: *¡Te pones perfectamente el paquete, Loli!*

· Me cortan el pelo como a un *beatle*. ¡Poco se imagina la peluquera que *The Beatles* fueron los héroes de mi infancia!

· Una vieja le dice a un hombre que no es viejo pero que está en silla de ruedas, con una sola pierna: *¡Tendrás frío con la rodilla así!*, y le señala la tela roída del pantalón tejano. *¡Ahora se llevan así!*, responde él.

· *¡Todos a la piscina!*, oigo gritar a la fisioterapeuta. En el jardín se han dispuesto un par de piscinas hinchables, de 1'50 m de diámetro, en las que quizás una docena de residentes sumergirán los pies. No me interesa. Es todo un bastante inverosímil y patético.

Sin embargo, observo yo, el suceso está en conexión con el enigmático diseño de las habitaciones. Cada habitación incluye un lavabo que no tiene plato de ducha ni bidé. O sea: es una habitación minúscula, adyacente al dormitorio, junto a la puerta de entrada, con taza de WC y un lavamanos de juguete. Los viejos son lavados, “duchados”, por una asistente armada de esponjitas jabonosas, con la ayuda de un barreño, en una silla especial con ruedas. Porque, me explican, la mayoría no ha conocido la ducha, y se asustan mucho, como los niños pequeños, cuando se les dirige un chorro de agua, una manguera sobre ellos, etc. Es como un “lavabo portátil”, digamos, la simpleza arquitectónica que en cada habitación que se hace pasar por “lavabo”, porque todos llevan pañales, es de sobras conocido que los ancianos no se manejan con los esfínteres, etc.

· Televisión por todas partes con enigmática programación. Nadie mira la pantalla.

· Ignoro cómo pero me he agenciado un ancianísimo galanteador. Ahora mismo, son las 15 h, y acaba de irrumpir como un sonámbulo en mi habitación para cerrarme la puerta del balcón; seguramente porque entra un aire caliente muy nocivo para la anciana que yo soy. Y luego, a las 17 h, abre la puerta de mi habitación -para que dé mi paseo vespertino, supongo.

· Grito repetido en la habitación contigua: *¡No sé qué collons fer!*

· *RESIDENCIA* -asilo de ancianos-, salón de los pasos perdidos.

· Un viejo llora a moco tendido como un bebé. Y una vieja le dice: *No deberías llorar, Jordi, sino bendecir lo que viene.*

· Se reniega y se despotrica constantemente. Aquí y allá, un viejecito, una viejecita en silla de ruedas quizás, que llora con gran desconsuelo. Y a su lado, de visita, un hijo, un familiar que escucha callado y paciente un amargo relato de este antro del “iras y no volverás”.

· Desconcertante y ubicua puerilidad que... solo a mí me desconcierta.

· Larguísimas miradas y muy, muy intensas miradas entre las asistentas, que para sí quisieran las parejas del extinto romanticismo actual. Miradas que pretenden remitir, pienso yo, a condiciones laborables extremas, injustas, insoportables... *íntimamente* compartidas.

· La así llamada “Sala de la tv”. Sala con unos treinta-cuarenta residentes, silenciosos, absolutamente mudos. “Sala de estar”, con una treintena de sillones donde pasan todo el día ante esa pantalla de televisión que no atrae la atención de nadie. Hay residentes que van por su propio pie, y no en silla de ruedas, que van andando desde su cama al así llamado espacio colectivo.

Cuando no callan durante horas o dormitan, los viejos discuten y se pelean entre ellos... se golpean imprevista, violentamente en las manos: en eso se convierten sus terribles amenazas pendencieras.

· ¡Lo que me llega a hacer hablar en vano este servicio asistencial a ratos escaso, a ratos supernumerario!

· Gran algarabía matinal y vespertina en las habitaciones gritos y más gritos de gente que entra y sale - en brutal contraste con la silenciosa inmovilidad de la sala común.

· Un viejo se escapa renqueante. Dice que está atado y que va a buscar a la policía. Lo acorralan en el jardín tres asistentas con una silla de ruedas. La enfermera de guardia le inyecta un sedante.

No es fácil salir del cementerio de elefantes... te ha de acompañar el mismo familiar que te ingresó.

· La psicóloga me explica por qué me negó un buen día el ordenador, *abierto en el acceso* a los datos personales de todos los residentes.

*Hay mucho estrés aquí*, digo yo, intentando conciliar convencionales intereses. *No lo parece*, añado aún, *porque estáis en medio del campo...*

*Todas las Residencias son iguales*, concluye ella, moviendo la cabeza con los signos de la santa resignación.

· Hoy, 27 de julio, jueves, parece que hayan venido sido visitados muchos residentes por sus familiares en vacaciones. Y se los lleva con ellos por unos días. Se escucha sin cesar, sin embargo, la misma queja de siempre: *¡Yo me quiero ir de aquí!*

· Hoy hemos ido en breve excursión siete personas al súper del pueblo -tres que podían andar, dos en silla, y dos asistentas. Me deslumbra de nuevo este entorno rural, tan virgen y tan silencioso; la imparable alegría de esta asistente, a 33º, y al mediodía y en incomprensible contraste, la cara ausente y un poco hipócrita, de la otra -mas, ¡qué rostro de desafecto más diáfano ofrece la hipocresía!

· Una y otra vez me impresiona la brusquedad y el secretismo con el que algunas personas delimitan su intimidad conmigo: están *trabajando...* Se van a quedar en casa *aburridísimas*, y no obstante, *de vacaciones*. Sin embargo, *no es de tu incumbencia*, parecen decirme.

Las asistentas-cuidadoras (geroculturas) trabajan a un ritmo increíble. Completamente demencial:

impersonal, irreflexivo, inhumano. Y tienen solo veinte minutos en toda la jornada para desayunar, merendar... o reposar en el jardín.

· En la habitación de al lado, una mujer intenta convencer a voz en cuello a su propio padre de que su anciana madre está dormida, no muerta.

· Una vieja le dice a otra: *¿Vamos de paseo?*  
*¿Adónde...?* , responde la otra, *todas las direcciones son malas...*

· Me tropiezo en el pasillo con A., la directora, e intercambio un par de frases: *¡Es un placer venir a trabajar!*. Y diez metros más allá, con F. del Senegal, una de las mujeres de la limpieza, a quien le quedan *solo dos horas para salir*.

· Biel, la voz patética, todo lo demás transcurre en un relativo silencio: *¡Ay, ay, ay... por favor, por favor, si us plau, si us plau... No vale la pena hablar!*

· Hay solo tres focos de atención, tres temas fundamentales de conversación, tres cuestiones por resolver cotidianamente: comer, dormir y el cambio de pañales. Como yo no llevo pañales, disfruto de una muy preciada e inverosímil autonomía. Que lea y escriba en el gran intervalo entre comida y comida es, pues, un lujoso afán que yo practico como suntuosa evasión: vicios privados, públicas virtudes.

· No hay intimidad alguna: esto es para mí el gran, el único tema, aunque ahora ese gran tema se convierta en el relato de una anécdota ejemplar o significativa, puntual.

Las asistentes van y vienen, entran y salen de las habitaciones sin cesar, el espacio privado es público, dada la fuerza de la costumbre y de la normalidad, a cualquier hora del día y de la noche, ¡somos como niños traviosos pero frágiles a los que no se puede dejar ni un instante solos! Con frecuencia, me traen comida, tal como acordamos. Pero también vienen a comprobar que mi vida transcurre normalmente. Es un lujo la autonomía aquí, y no acabo de imaginarme nunca cuán caro es el lujo del disciplinado trajín que yo misma me impongo: gimnasia por la mañana y por la tarde. Paseo por el jardín por la mañana y por la tarde. Atravieso los espacios comunes (pasillos y sala de estar), al parecer, a “alta velocidad”, con la exclusiva intención de volver a estar sola en mi habitación con mis papeles... Sin embargo, hasta bien entrado el segundo mes, no descubro la manera de hacer funcionar mi aparato intestinal, convenciéndome a mí misma mediante infusiones

de manzanilla... y sobre todo, sobre todo, previendo a sangre fría el rato de tranquilidad e intimidad que me dejaran en paz las asistentes entre comida y comida... cálculos espacio-temporales de la maníaca que tan elegantemente soy.

· *El deterioro cognitivo aparece a partir de los 80*, me dicen las dos psicólogas, una tras otra, y me someten a idéntica entrevista profesional, larga y agotadora, una tras otra. *¿Por qué?*, pregunto yo, si ambas saben que tengo veinte, treinta cuarenta años menos, y estoy en una habitación individual, “veraneando”... No obtengo respuesta. Como no sea la lógica reacción que provoca el hecho mismo de que alguien de una generación anterior (¡y dos!) a los residentes habituales esté aquí “veraneando”. ¿Una turista despistada...? ¡Un despistada espía en la reserva *artificial* de campesinado! Pues todo parece indicar no pudiendo nadie profetizar el futuro, como es evidente que no se puede hacer, que el campesinado va a ser uno de los estamentos o clases sociales que el cambio climático anulará...

Tiempo a-histórico el de las Residencias de ancianos. ¿Y a quién se le hace el favor...?

· Y atravesando la sala de la tv., la sala común, al lado de la cocina donde en silla de ruedas están los residentes que ya no son capaces de ir por su propio pie de su habitación a la sala del televisor. Completamente doméstica esta sala, la veo diariamente en mi diario paseo por el jardín, a través de los grandes ventanales que no se pueden abrir. Sala de (ultra)zombis, entre noventa y ciento veinte años... esqueléticos, apergaminados, no comunicativos... ¿cómo describir a seres humanos que han atravesado, por así decirlo, la barrera natural de la arruga? ¡Qué espantoso negocio de enormes beneficios ortopédicos, farmacéuticos, sanitarios se procura nuestro sacrosanto modo de producción! ¡Esto es la tan traída y llevada, la tan elogiada, la famosa “longevidad”!

· El comienzo siniestro, exageradamente siniestro de cada día cuando yazgo aún en la cama en estado de dependencia total, esperando, desde la madrugada esperando, que me traigan el desayuno... contando las campanadas de la iglesia del pueblo; escuchando los pajaritos; oyendo pasar gente atareada y el trasiego rural de los coches por debajo de mi balcón...

... y como no me lo traen, ni más o menos completo ni a medias como suele pasar, mi activa desesperación, levantándome de la cama a media mañana ya, solicitándolo a gritos por el pasillo, desplegando, en fin, la famosa “autonomía” que me caracteriza.

Y, como el desayuno, todo, absolutamente todo, pues esa famosa “autonomía” mía *encanta* a todo el personal asistencial; maravillado, y no es para menos, ante una residente que simplemente está “de paso”. Personal asistencial, zalamero y juguetón que despliega con gran alivio, con comprensible entusiasmo, la típica picaresca latina, parlanchina, simpática, perezosa y negligente, desde el desayuno hasta la pastilla de dormir.

· Me visita por sorpresa, en mi misma habitación, la directora del centro. Precipitadamente “denuncio” a las dos trabajadoras apáticas y mediocres que trabajan en la residencia: A. y B.

· Cada día me tropiezo por lo menos con una persona que llora a lágrima viva porque *ha extraviado su dentadura postiza*.

· El amor loco, pura pasión que sienten las dos enfermeras por sus propios hijos; a la vez que de forma confusa pero conveniente lo ocultan. ¡Cuán maternas, alegres y diligentes se muestran *trabajando* con estos deshechos humanos que podrían ser sus padres y abuelos!

· Han muerto un par de personas y otra está ingresada. *Covid<sub>19</sub>*, dice la voz popular. Todo es tan aburrido y normal que... ya es una novela.

· Pasa bajo mi balcón a gran velocidad cada día a las 9.00 h en punto de la mañana un adolescente en patinete eléctrico hablando por teléfono móvil. ¡Poco se imagina él que esa vulgaridad del tránsito humano actual fue en otra época atracción circense!

· Es curioso el período veraniego que nos queda: temperaturas extremas, incendios gravísimos por doquier; incidentes políticos a montones y, sin embargo, *vacacional*. Nunca mejor dicho, aquí está nuestra civilización: *encerrada con un único juguete*.

Mas los residentes viven efectivamente en *otro* mundo. Un mundo(s) muy extraño en el que apenas existen formas objetivas, reales y colectivas: cada dos por tres las asistentes se percatan de que la calefacción está funcionando en pleno agosto...

· El *enamorado* que aquí tengo, un viejo enjuto y diminuto de más de 90 años que me abre todas las puertas que prevé van a obstaculizar mi rápido paso. Abre también puntualmente la puerta de mi habitación a las 17 h, a la hora de la verdad, como dicen los taurinos, porque tengo que dar mi paseo vespertino por el jardín, hacer mi gimnasia, etc. Calladito y fiel, como en los amores de la infancia.

· Echo a faltar los gritos estentóreos de mi vecino B., ingresado en el hospital tras la muerte de su mujer por Covid<sub>19</sub>: ¡*Socorro, auxilio... nena... mare de Déu, no ve ningú!*

Nadie quiere estar aquí. Pero es que nadie. En todas partes existe la figura del conformista: la persona que se resigna a la circunstancia y se va adaptando a las variaciones sucesivas de ésta. Aquí, no. Lo que desde fuera vivimos como inevitable “guardería de ancianos”, es vivido por los ancianos como **prisión** (no en vano, la única puerta que da a la calle funciona por control remoto; y

solo puedes salir de aquí acompañada del mismo familiar que te ingresó. Sé que es un terrible juicio el mío, pero es justo y necesario que lo escriba.

· *¡Los hombres de ahora no valen nada!*, dice una asistenta que se llama I. *¡Sudamericanos*, añado yo con ánimo conciliador, *que se han quedado sin su auténtica naturaleza ante esta generación de mujeres feministas independientes que asumen en solitario la procreación!* (...)

Así transcurren mis días aquí, demostrándole al personal sanitario mi suficiencia, mi desvergüenza intelectual. Somos interlocutores únicos. Ellas están *trabajando* y yo, *veraneando*. Los demás, nunca mejor dicho, son carne de cañón.

· Un típico “puente” español, cuatro días festivos seguidos. Los residente están, como siempre, en la inopia, pero las trabajadoras se afanan con sus turnos, substituciones, etc. Aunque el peso específico de la Residencia en la diversidad de los tiempos personales y dispersos, es lo real, la incalificable realidad.

· Hay aquí una asistenta marroquí, “musulmana”, suelen decir ellas, encargada de traerme la pastilla de dormir, y lo hace siempre con un yogur, el famoso y opíparo “resopón” de la medianoche. Y me lo trae directamente “al paraíso”, porque yo ya estoy, según me explicó, *bien encaminada al cielo eterno*.

(Ahora pienso, cómodamente instalada en una casa en la que estoy *por fin* sola, la mía, que quizás con la palabra “paraíso” se refería al hecho tan banal como que mi habitación era individual, no doble y compartida como todas las demás -mil disculpas, K., pero mi antiguo y juvenil filomarxismo ha mutado... y me hace ser bastante suspicaz.)

· En el jardín, aunque no sea más que una extensión de césped cercada (pero con una vista revitalizante, maravillosa incluso, a las montañas pirenaicas, a un par de sus cerros, concretamente que estaban como a un kilómetro de distancia, se escucha cesar un voz masculina que repetía sin cesar: *¡Lavabo! ¡Lavabo!* .

*Ramón*, me explicaron, un ancianito que no quería ensuciar su pañal.

· Mi apuro ante ella. La asistenta diminuta y muy cariñosa de Honduras. Quizás porque me dice muy sinceramente emocionada, mientras no cesa de masticar esa mandarina que siempre, siempre está comiendo: *¡Qué linda, pero qué linda es usted!* Como si esa sentencia pudiese ponerme contenta. ¿Se ponen contentos los ancianos porque en cada interpelación se los llama “guapos”...? (Y en un rincón, presenciándolo todo en silencio, una ancianita de noventa y tres años, bastante callada ella para sus noventa y tres años, pues aquí la ansiedad es llanto común y constante del residente. Pero también es ansiosa, en justa réplica, la solícita y colectiva asistencia .

Gente vulgar, vulgarísima. Especímenes humanos sólo dignos/aptos para el *container*, y eso porque son humanos *no* pudientes... ¡Longevidad, longevidad, tienes nombre de mujer!

¡Siniestra puerilidad ésta que tan sentimentalmente acoge la fatalidad...! Con frecuencia pienso que estamos en el campo para respirar, respirar sin límites, y ... tragar.

· ¿Yo con gafas oscuras en este diáfano jardín...? Sí, yo investigándome a mí misma de arriba a abajo: aquí me las den todas.

· Y, de nuevo me pregunto: ¿por qué estarán las asistentes constantemente llamando “guapos” a estos viejos extremadamente viejos? No logro entenderlo... no acabo de entender la extraña eficacia del apelativo...

¿Acaso es éste el vocativo secretamente efectivo en la no-relación de la puerilidad?

¿O es pura y simple compasión...?

· Las dos viejas amigas que pasan horas y horas sentadas en el vestíbulo, viendo pasar a la gente., desdeñando sus cómodos sillones en la sala colectiva. Y sus conversaciones de besugo, a grito pelado, porque están muy sordas:

-*Au, seiem aquí!*

-*Va, vinga, seiem aquí!*

(...)

- *Són les 6 h... em sembla, no ho veig molt bé!*

-*Les 6h...!?*

-*Les 6h., em sembla, fins les 7 h No donen el sopar! Ja podem tenir paciència!*

-*I tant!*

(...)

-*Quina calor, quin temps més fotut!*

-*Ja ho pots dir, ja!*

(...)

· Sube el termómetro, estamos a 43°, oleada de incidentes pendencieros en la sala de la tv. Una viejecita delira muy enfadada: *Sóc l'única mestressa: fora d'aquí totes, males putes!*

¡*Viva la muerte!*, grito que increíblemente se oye con frecuencia en la sala común. La demencia senil es un delirio de gran potencia pendenciera.

· Y como en un aparte de la plácida cotidianeidad aquí pretendida, una asistenta que ha sido despedida, ha venido, airada y vocinglera, para desagraviarse ante las dos impertérritas auxiliares administrativas.

· La vehemencia con la que cada cual expresa las tonterías más sublimes. LA VEHEMENCIA.

· Y no cesa, no cesa: ¡Lavabo! ¡Lavabo!, se oye gritar en el jardín a uno de los encamados en el piso de arriba que, por supuesto, debe llevar pañales,

· Ha marchado súbitamente el residente que iba en silla de ruedas y tenía una sola pierna. Un neurópata, exactamente de mi edad: 63 años, sin despedirse de nadie. E inmediatamente se ha levantado una oleada de murmuraciones inverosímiles: que si la policía se llevó a un hombre que tenía un largo historial como ladrón; que a si a un viejo le robó 20 €...

· Tantísima pasión desatada “ahí fuera”... cada vez que entro y salgo de mi habitación, y, sin embargo, nada de nada, sólo vehemencia, verbal vehemencia.

· La forma violenta y abrupta, pero banal, anecdótica con la que se termina el período julio-agosto-septiembre de intenso calor estival: marcha súbitamente, sin despedirse, el único hombre imponente que aquí había (el de una sola pierna y en silla de ruedas). Es despedida la gordísima, exageradamente prepotente asistenta que aquí trabajaba.

· 27 de agosto, comienzan los tan anunciados días lluviosos del fresco y anhelado otoño de esta comarca. Llueve a cántaros pero el bochorno continúa.

· Desfile de zombis cada vez que los residentes se mueven. Impresionante lentitud de los movimientos de los ancianos.

· La idílica naturaleza aquí, gran extensión boscosa: virgen, frondosa, lujuriosamente exuberante; con graznidos de aves, ranas, gran barullo de todo tipo de insectos... que para los oriundos es completamente normal, la cuidan como el jardín de su propia casa. Recortan el césped común de vez en cuando; arrancan las malas hierbas, alimentan a los animales domésticos abandonados. Ignoran que viven afablemente en un vergel, no quieren ni imaginarse cómo sería su vida -su inexistente existencia- en medio de la gris y anónima promiscuidad de la metrópolis.

Lugar sublime, pues, éste, en brutal contraste con el humano inframundo del geriátrico, situado precisamente en medio del mudo sublime: el jardín de la Residencia es en ese sentido un purgatorio dantesco donde te asomas y compruebas con alivio que las montañas del Pirineo que tenemos ahí mismo afortunadamente son el peso más pesado de la compleja realidad -¡incluso forman parte de la “consensuada realidad”!

· Me encuentro con la directora: *¡Es un placer trabajar aquí!* Y, después, con la mujer de la limpieza: *¡Me queda solo una hora para acabar!*

· El apabullante discursillo que me echó la única residente que me dirigió la palabra, J. M.: *La felicito porque es usted la señora más señora que hay aquí: no habla con nadie, no le dice usted nada a nadie... aunque esto es una prisión. Mi marido murió y yo me tuve que venir aquí. No me queda nadie, nadie...*

*Pero yo la quiero a usted mucho (...)*

· La esquizofrenia ha sido aceptada, normalizada: el teléfono móvil lo justifica todo. ¡Cómo si fuera posible estar ahí con quien estás hablando y andando y hablando aquí! Afortunadamente, solo he visto aquí a *un* viejo con tan poderoso chisme.

Ante la tecnología, los viejos demuestran ser de una o dos generaciones anteriores. Indiferentes. No son indiferentes, sin embargo, ante la ducha. Hemos olvidado que la ducha debe ser también un invento de principios del siglo XX: la rechazan absolutamente, prefieren el barreño de agua y las esponjitas húmedas...

· Oído en el jardín: *Quiere irse de aquí... ¿a quién le gusta estar aquí...?*

*(...)*

*Amunt i avall, passant la vida... de tant en tant, una aspirina (...)*

· No me traen la pastilla de dormir hasta cerca de las 24 h, se disculpan, no funciona el timbre. Gran

angustia: llevo más de hora y media a media noche, apretando un botón de alarma que no funciona. En concreto, me explican, se ha estropeado el pinganillo que cada asistenta lleva colgando de su cintura.

· El lento crujido de las puertas que se abren y se cierran lentamente como en una película de terror, al paso de... ¡nadie! Sin embargo, alguien se las agencia para (...)

· *¡Mira cómo va ésta!*, le dice escandalizada una vieja a su hija. Efectivamente, *ésta* soy yo. Súbitamente lo entiendo: antigua hippy, sin sostén. Me la quedo mirando, silenciosamente admirada: hubiera jurado que ésta residente que continuamente se quiere cambiar pañal sucio en el pasillo; que solo habla de heces y de orina, pero con aparatosos y muy sonoros eufemismos, no se enteraba de nada.

· Algunas de las voces de esta algarabía acostumbrada a su fuerza, constancia y eficacia conjunta, en la ciega insistencia de los gritos desconsiderados como en una guardería infantil, merecen ser singularizadas:

\* **Armonía**: nacida aquí, pero criada en Galicia es una de las personas más fuertes y más duras que hay en este lugar. Pasa todo el día haciendo ganchillo en un banco del vestíbulo, y no ocupa su sillón, por tanto, en la sala colectiva, sala de la tv.

Un día, el único hombre que hay aquí en el servicio, Mihaly, en el servicio de limpieza en concreto, desveló ser un mero mequetrefe rumano, le dio una palmadita en el trasero a Armonía cuando ésta iba renqueando, arriba y abajo, con su caminador, y ella le dijo: *¡Por que tienes pocos cojones, porque si no ya verías...!*

\* **Las enfermeras, S. y X.**, muy seguras de sí mismas hasta la fascinación y el deslumbramiento, puesto que saben que cada una de ellas por separado personifica el poder, aunque doméstico, más *fáctico*, de la residencia. Con una prepotencia algo pueblerina, mantienen un despacho enorme, lleno de armaritos y cajoncitos. El servicio médico no tiene aquí ni un momento de reposo.

\* **L., el enigmático residente en silla de ruedas que tiene una pierna amputada**, L. Me dijo que era *una gangrena séptica*. A veces saludaba, a veces, no. Me cito a su mujer y a su hija; otra, a *la madre de su hija*. Yo lo vi un buen día en el jardín delantero de la Residencia con un chico joven, probablemente su hijo. Se hacía servir la cena en una mesa del jardín -ignoro si al mediodía podía hacer lo mismo, con este calor... Un día me preguntó qué me había sucedido. Se lo expliqué. Sin piedad, siguió inquiriendo todo tipo de detalle escabroso. Lo odié, pero como se hace con los niños pequeños, atendí rigurosamente su curiosidad.

Para mí, era un apuro saludarlo en el jardín, pasando yo con el caminador a sus espaldas: no se inmutaba la mayoría de las veces.

Una vez, allá a lo lejos, hablaba con una asistenta, y ésta le dijo: *¡Por suerte tú tienes un hermano!* Le hablaba en castellano, aunque él se dirigía en catalán a todo el mundo. Otro día me preguntó de qué barrio de Barcelona era yo. Parecía conocer bien la ciudad. Era un hombre gironés, apuesto y enorme, de 63 años, mi edad. Leía a Nietzsche. Abandonó súbitamente esta Residencia

para irse a otra alegando que *era esquizofrénico*.

\* **La estereofonía del vestíbulo**, altavoz merced al cual cualquier voz (femenina) de este lugar se impone persuasivamente movilizándolo a todo el personal que se afana y se coordina espontáneamente, “personificando” la petición a los pocos minutos.

\* **B., la educadora social**, que con sus treinta años es la más alegre y gentil de las mujeres jóvenes que aquí atienden a los viejos. Por su vehemencia y su incondicional entrega, su trabajo parece casi un apostolado religioso: se mueve en todas las direcciones, como la reina del ajedrez. Su potente voz catalana neutraliza exageradamente todos los sonidos vocálicos que no son /i/ y /u/, en una /a/ muy abierta.

Solo a veces su cara muestra en unos instantes de congoja que es consciente de estar regalando a manos llenas y confusamente, pasión, entrega, vehemencia...

(Todas las voces creen que hablan, pero son tan exageradamente modulados los intervalos fónicos entre sílaba y sílaba, que en realidad cantan.)

· Primer domingo de septiembre: son las fiestas de la capital comarcal. Y vamos en excursión colectiva -será la última-, a ver el baile de gigantes y cabezudos en la plaza mayor.

Un cura auténtico y verdadero montado en moto vemos en el camino, con la larga sotana negra. Pero en lugar del sombrero *ad hoc*, lleva casco.

No me impresiona el espectáculo, como es lógico: de pequeña he visto en mi ciudad bailes de cuatro y hasta seis gigantes, y aquí, sólo hay un par... Me impresiona, eso, sí, y mucho, las oleadas gestuales de la multitud ante el espectáculo medieval. Me conmueve esta concentración emocional.

B. que conducía la furgoneta llena de *ancianitos*, ha aclarado justo al sentarse al volante: *¡La furgoneta es de la empresa!*, y Armonía, esa residente que se pasa el día haciendo ganchillo en el vestíbulo, ha añadido: *Como nosotros. Nosotros también somos de la empresa*. La he felicitado, me ha parecido lo más memorable de toda la excursión.

· Impresionante ausencia de rituales colectivos, ¿cómo va a haberlos, me digo, si nunca fue más cierto el refrán que dice *cada loco, con su tema...?* Yo me imaginaba algo así como que, por ejemplo, se jugaría al dominó... ¡Imposible! ¡Las personas están catatónicas! El único ciclo de costumbres colectivas es el que impone el horario y la asistencia. El cambio de pañales **ES** el ritual. El cambio de pañales, a cualquier hora imprevista o prevista del día o de la noche, condensa la esencia clínica de la Residencia.

Una residencia geriátrica es el exponente más claro del fracaso-éxito de una cultura capitalista como la nuestra que derrocha espiritualismo y presume de siglos y siglos de capacidad crítica. El capitalismo compra ambas delicias (espíritu y crítica) y exhibe su monstruosa materialidad como si fuese una felicidad terminal “bien apañá”, se llama *gerocultura*.

· Me entregan un conjunto de papeles el día que salgo: *ALTA*, es el título general. Y entre las obviedades curriculares de rigor, porque, al parecer, he pasado el examen, una sentencia que me sorprende: *Una señora amable y bien educada (...)*

Ciertamente, he atravesado con gran paciencia la penitencia terminal, y debería estarme

permitido entonces un final también convencional para esta crónica, algo así como: *¡Sólo Dios sabe lo que me ha costado atravesar “indemne” los tres meses de verano en una residencia geriátrica y sacar aún fuerzas de flaqueza para escribir este anecdotario en forma de (antipática) rapsodia!*

Anna Poca i Casanova,  
febrero de 2.024.